

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

Bienaventurados los mansos (PRAYS, MITES), porque ellos heredarán (poseerán en herencia) la tierra. (Mt 5, 4; Sal 37, 11)

Al inicio de esta meditación, quiero subrayar algo muy sencillo, pero a lo que prestamos poca atención. Jesús de Nazaret, como buen judío, oró con los salmos. Sus últimas palabras en la cruz, según los evangelistas Mateo y Marcos, evocan el salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». San Lucas, por su parte, reenvía al salmo 31: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Ahora bien, el evangelista ofrece un matiz de suma importancia. El Crucificado se dirige a Dios con el vocativo: «Padre». San Juan insiste en el cumplimiento de la Escritura: «sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed» (Jn 19, 28), evocando los salmos 22, 16 y 69, 22.

Resucitado de entre los muertos, Jesús recordó a sus discípulos: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí». Y añade el evangelista: «Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras». (Lc 24, 44-45) *Jesús es el cumplimiento de las Escrituras en la novedad*. Los salmos son también palabra de Dios. Y Jesús vivió de la totalidad de la Palabra de Dios.

Teniendo esto presente, resulta interesante hacer algunas calas en el Antiguo Testamento, ante todo en los salmos, para ahondar en la novedad de la bienaventuranza de los mansos. Así se comprende mejor cómo Jesús, con su vida y misión, revela el sentido y fuerza de esta bienaventuranza para transfigurar nuestro mundo, marcado, ayer como hoy, por la injusticia y la violencia. No olvidemos que el odio engendra odio, y la violencia, más violencia. En Jesús se cumplió lo anunciado por el profeta: «Como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante es el esquilador, así no abre su boca...» (Hch 8, 32; Is 53, 7s) En el libro del Apocalipsis, la humanidad entera canta la victoria definitiva del «cordero degollado». (cf. Ap 5, 1-14; 7, 9-17). Luego trataremos de ver las consecuencias para *acoger y cultivar la fuerza de la mansedumbre, a fin de contribuir a la transfiguración de un mundo amado con pasión por el Padre*.

I.- FIGURAS DE LOS MANSOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En este primer punto de nuestra meditación, invito a centrar nuestra contemplación en las figuras de Moisés, Jeremías, del Siervo de Yahvé y en «el salmista».

1.- Moisés

Moisés, aun cuando no reciba el título de manso y se narren sus reacciones violentas ante la injusticia sufrida por su pueblo y las hijas del sacerdote de Madián por los pastores, es considerado por la Biblia como modelo de mansedumbre. Para el autor sagrado ésta no es debilidad, sino de *humilde sumisión a Dios*, fundada en el temor a Dios y amor al pueblo. «Moisés era un hombre muy humilde, más que nadie sobre la faz de la tierra» (Num 12, 3) El Eclesiástico lo presenta como un hombre amado de Dios y de los hombres, a quien Dios

«por su fidelidad y humildad lo santificó, lo eligió de entre todos los vivientes». (Sir 45, 4) A Dios le agrada la fidelidad y la mansedumbre. «Porque el temor del Señor es sabiduría e instrucción, le agradan la fidelidad y la mansedumbre». (Sir 1, 27) Dios quiere servirse del pobre y humilde, esto es, del que se refugia en el Señor, para llevar adelante su obra de salvación. «Dejaré en ti un resto, un pueblo humilde y pobre, que buscará refugio en el nombre del Señor». (So 3, 12) A los pobres y humildes, a los mansos, Dios los dirige (Sal 25, 9), sostiene (Sal 147, 6), salva (Sal 76, 10) y hará gozar la paz en la tierra prometida.

La carta a los Hebreos recuerda cómo por fe Moisés estimó «que la afrenta de Cristo valía más que los tesoros de Egipto».

Por fe, Moisés, ya crecido, renunció al título de hijo de una hija del faraón, y prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios al disfrute efímero del pecado, estimando que la afrenta de Cristo valía más que los tesoros de Egipto, y atendiendo a la recompensa. Por fe abandonó Egipto sin temer la cólera del rey, y se apoyó en el invisible como si lo viera. (Hb 11, 24-27)

2.- El profeta Jeremías

El Señor me instruyó, y comprendí, me explicó todas sus intrigas. Yo, **como manso cordero, era llevado al matadero**; desconocía los planes que estaban urdiendo contra mí: «Talemos el árbol en su lozanía, arranquémoslo de la tierra de los vivos, que jamás se pronuncie su nombre». Señor del universo, que juzgas rectamente, que examinas las entrañas y el corazón, deja que yo pueda ver cómo te vengas de ellos, pues a ti he confiado mi causa. (Jer 11, 18-20)

Este texto forma parte de la primera de las llamadas confesiones de Jeremías. El profeta reconoce la injusticia que sufre; pero en lugar de tomarse la venganza por su cuenta, deposita su confianza en el Señor, que le lleva a amar a su pueblo y permanecer solidario de su suerte hasta el final, a pesar de las intrigas de los nobles contra él y de las reacciones de las muchedumbres. El profeta antepone el bien del pueblo al suyo. Morirá en el destierro arrastrado a la fuerza por sus adversarios. La mansedumbre del profeta se contrapone a los que propugnan la venganza o la insolidaridad, a los violentos y agresivos; pero también a los tímidos. Jeremías lucha en favor de su pueblo y deja su causa en manos del Señor, de quien se fía y a quien sirve seducido en medio de una dramática lucha interior. En la quinta de sus confesiones, que comienza con estas significativas palabras : «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; has sido más fuerte que yo y me has podido. He sido a diario el hazmerreír, todo el mundo se burlaba de mí». Y tras maldecir el día que nació, cerraba su confesión con este interrogante: «¿Por qué hube de salir del vientre (de mi madre) para pasar trabajos y fatigas y acabar mis días deshonorado?» (Jer 20, 7-18) El profeta no es un pendenciero, sino testigo de la verdad de Dios y de su designio salvador; y no de nuestra verdad y planes mundanos, aun cuando se invoque la religión.

3.- El siervo de Yahvé

Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. (Is 53, 6-7)

El profeta de la consolación, dirigiéndose a los exiliados, presenta la victoria de Dios a través de su Siervo, a quien presenta como el «cordero» llevado al matadero. El silencio y humillación del Siervo es condición para el triunfo y la vuelta del pueblo elegido a la tierra prometida. Al inicio del libro de la consolación, leemos:

«Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios—; hablad al corazón de Jerusalén, gritadle, que se ha cumplido su servicio y está pagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados»... Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: «Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder y con su brazo manda. Mirad, viene con él su salario y su recompensa lo precede. Como un pastor que apacienta el rebaño, reúne con su brazo los corderos y los lleva sobre el pecho; cuida él mismo a las ovejas que crían». (Is 40, 1-2.9-11)

Misión del Mesías, sobre el que reposará «el espíritu del Señor», es juzgar «a los pobres con justicia», sentenciar «con rectitud a los sencillos de la tierra» y recrear la paz entre los enemigos. Así lo expresa el profeta. «Habitará el lobo con el cordero, el leopardo con el cabrito, el ternero y león pacerán juntos: un muchacho será su pastor». El país estará lleno del conocimiento de Dios. (Is 11, 1-16) El profeta Zacarías desarrolla el tema de la paz mesiánica, presentando al Mesías, pobre y montado en un pollino, que era la forma en que sus antepasados se desplazaban con sus ganados. He aquí el texto que anuncia de forma anticipada la entrada de Jesús en Jerusalén:

¡Salta de gozo, Sión; alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey, justo y triunfador, pobre y montado en un borrico, en un pollino de asna. Suprimirá los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén; romperá el arco guerrero y proclamará la paz a los pueblos. Su dominio irá de mar a mar, desde el Río hasta los extremos del país. (Zac 9, 9-10)

La victoria, por tanto, no se consigue por la fuerza de los medios poderosos según la cultura mundana, sino por el camino de la pobreza y la mansedumbre. En la tercera parte del libro Isaías suena la misma música:

El Señor hace oír esto hasta el confín de la tierra: «Decid a la hija de Sión: Mira a tu salvador, que llega, el premio de su victoria lo acompaña, la recompensa lo precede». (Is 62, 11)

4.- La oración del salmista

No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal: se secarán pronto, como la hierba, como el césped verde se agostarán. **Confía en el Señor y haz el bien:** habitarás tu tierra y reposarás en ella en fidelidad; sea el Señor tu delicia, y él te dará lo que pide tu corazón. Encomienda tu camino al Señor, confía en él, y él actuará: hará tu justicia como el amanecer, tu derecho como el mediodía. Descansa en el Señor y espera en él, no te exasperes por el hombre que triunfa empleando la intriga: cohíbe la ira, reprime el coraje; no te exasperes, no sea que obres mal; porque los que obran mal son excluidos, pero los que esperan en el Señor poseerán la tierra. Aguarda un momento: desapareció el malvado, fíjate en su sitio: ya no está; en cambio, **los sufridos poseen la tierra y disfrutan de paz abundante.** (Sal 37, 1-11)

En el canto de los salmos el pueblo habla a Dios, pero también Dios dialoga con su pueblo, invitándolo a la conversión, marcándole el camino a seguir, prometiendo... etc. Los salmos nos introducen en un verdadero diálogo de Dios con los suyos. Es la oración de un pueblo basada en las promesas proféticas, así como en las múltiples experiencias de la historia que dieron origen al pueblo de la alianza. En el salmo 37, el Señor invita al pueblo a caminar en la historia, poniendo su confianza en él. Él hará desaparecer al malvado. En realidad no es el pueblo el que sirve a Dios, sino Dios a los suyos. Los sufridos, que es otra forma de presentar a los mansos, poseen la tierra y la paz abundante. La tierra y la paz son la expresión de la realización de los tiempos mesiánicos, que en el Nuevo Testamento adquieren su plena dimensión escatológica. *El futuro está en las manos del Señor. La tierra*

es la tierra prometida, otra forma de hablar del reino de Dios: los humildes poseerán la tierra. Los discípulos esperaban la restauración del reino de Israel. En la memoria del pueblo elegido permanecía viva, como formando parte de su identidad, esta afirmación del profeta de la consolación: «¡Dios reina!» (Is 52, 7)

Estos mansos y sufridos, tal como se presentan en el Antiguo Testamento, conviene notarlos, no lo son por su temperamento ni sólo por su dura condición social y religiosa de oprimidos. No son simples personas resignadas. *Son los verdaderos anawim, esto es, los pobres y quebrantados, que ponen su confianza y causa en manos del Señor.* Él es quien los conduce a la tierra prometida y la paz. El Dios de Israel es justo y fiel, cumple sus promesas sin tardar. Aquí radica la importancia de la parábola de Jesús inculcando a los suyos a «orar siempre sin desfallecer», pues Dios «hará justicia sin tardar». ¡Basta la fe! Y por ello Jesús sigue preguntando: «Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra? (cf. Lc 18, 1-8)

El sufrido, el manso, no se toma la justicia por su cuenta. Cree y espera. Sus armas son muy diferentes a las que usan los grandes y poderosos imperios y reinos de este mundo. El salmista y la sabiduría que Dios depositó en el pueblo de su elección no cesan de recordarlo a quienes viven de acuerdo con su palabra. La mansedumbre forma parte de la armadura de los valientes y verdaderos vencedores de la historia.

Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia, el Señor te bendice eternamente. Cíñete al flanco la espada, valiente: es tu gala y tu orgullo; *cabalga victorioso por la verdad, la mansedumbre y la justicia, tu diestra te enseñe a realizar proezas.* (Sal 45, 3-5)

Hijo, actúa con humildad en tus quehaceres, y te querrán más que al hombre generoso. Cuanto más grande seas, más debes humillarte, y así alcanzarás el favor del Señor. *Muchos son los altivos e ilustres, pero él revela sus secretos a los mansos.* Porque grande es el poder del Señor y es glorificado por los humildes. (Ecl 3, 17-20)

Si deseas la sabiduría, guarda los mandamientos, y el Señor te la concederá. *Porque el temor del Señor es sabiduría e instrucción, le agradan la fidelidad y la mansedumbre.* (Ecl 1, 26-27)

II.- JESÚS MANSO Y HUMILDE DE CORAZÓN

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso (PRAYS, MITIS, amistoso, benigno, apacible) y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera». (Mt 11, 28s)

Las figuras y promesas del Antiguo Testamento, como insiste san Lucas en los Hechos de los Apóstoles, Dios las ha cumplido de forma novedosa al resucitar a «su Siervo Jesús» de entre los muertos. (cf. Hch 2, 13.26; 4, 23-30) Jesús se auto-proclama «manso y humilde de corazón». Lo hace, como vemos en el evangelio según san Mateo, tras afirmar: «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo de lo quiera revelar». (11, 27)

Jesús se manifestó «manso y humilde corazón» a lo largo de su vida y misión; y de forma culminante en su Pascua. En Nazaret, permaneciendo sumiso a la autoridad de sus padres. Estos no entendieron su respuesta cuando le recriminaron haberse quedado sin su consentimiento en el templo. No discute. Se limita a obedecer. «Él bajó con ellos y fue a

Nazaret y estaba sujeto a ellos... Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres». (Lc 2, 41-52)

Ante la resistencia de Juan Bautista a bautizarlo, Jesús arguye que era necesario cumplir toda justicia. «Conviene que así cumplamos toda justicia». (Mt 3, 15) La justicia significa en Mateo una fidelidad nueva y radical a la voluntad de Dios (5, 6.10.20; 6, 1.33; 21, 32). Jesús, «el Dios con nosotros», asume libre y conscientemente, como se ve con claridad en las tentaciones, la condición del Siervo. El Bautista presentó a Jesús ante sus discípulos como «el cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29), evocando así «al siervo sufriente y victorioso», «al cordero llevado al matadero» de Isaías y al «cordero pascual inmolado» en vistas a la salvación de Israel (cf. Ex 12, 1-28). Así Juan Bautista, el testigo enviado por Dios, anunciaba la identidad, misión y destino de Jesús: la ofrenda de su vida para dar la vida eterna a la humanidad. (cf. Jn 19, 14.36)

La mansedumbre y la humildad, como el Señor afirma, acontece en el corazón, esto es, en el ser más profundo de la persona; y abarca tanto su relación con el Padre como con los hombres. Él «siervo manso y humilde» se alimenta de la voluntad del Padre. Y la finalidad de su vida no es otra que llevar a cabo la obra del Padre, nuestra salvación.

La manera como el Hijo lleva adelante la misión, para la que ha sido enviado, es la propia del Siervo pobre y humilde. Estamos ante la revelación suprema de la mansedumbre de Dios revelada en la misión de su Hijo en el Espíritu Santo. San Mateo la expresa así:

Al salir de la sinagoga, los fariseos planearon el modo de acabar con Jesús. Pero Jesús se enteró, se marchó de allí y muchos lo siguieron. Él los curó a todos, mandándoles que no lo descubrieran. Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Isaías: «Mirad a mi siervo, mi elegido, mi amado, en quien me complazco. Sobre él pondré mi espíritu para que anuncie el derecho a las naciones. No porfiará, no gritará, nadie escuchará su voz por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará, hasta llevar el derecho a la victoria; en su nombre esperarán las naciones». (Mt 12, 14-21)

La mansedumbre y humildad del siervo nada tiene que ver con la timidez e inhibición ante la situación de perdición en que se encontraba la humanidad. Su corazón acoge a todos los que andan cansados y agobiados. Es la expresión de una plena y radical comunión con el amor del Padre por el mundo y los hombres sedientos de justicia y libertad. Su y mansedumbre, en efecto, revela el amor paciente y fiel del Padre que sale corriendo para abrazar al hijo perdido y hallado; pero también revela el amor que sale en busca del hijo mayor, el cumplidor de la ley, suplicándole se asocie a la fiesta. Jesús vino para llamar a todos. Su corazón no es selectivo, está abierto a todos los cansados y agobiados. A todos los invita a ir a él.

Su entrada en Jerusalén, en vísperas de su Pascua, de su paso de este mundo al Padre, cumpliendo la profecía de Zacarías, a la que ya me he referido, muestra cómo lleva a cabo la esperanza de Israel, de acuerdo con la tradición de los antepasados. No lo hace en las carrozas de los grandes de este mundo, sino en la montura del pueblo pobre y humilde. La esperanza de Israel es el Mesías manso y no los medios de las potencias de este mundo.

«Decid a la hija de Sión: “Mira a tu rey, que viene a ti, humilde (PRAYS, MANSUETUS), montado en una borrica, en un pollino, hijo de acémila”». (Mt 21, 5)

En la cruz, Jesús muere como «el cordero inmolado», para dar la vida sin ocaso a los que eran esclavos del pecado. *Sus heridas nos han curado*. El Apocalipsis no deja de cantar la

victoria del cordero inmolado. Es el triunfo del amor divino, del amor paciente, humilde y gratuito. La mansedumbre es fruto del Espíritu (cf. Gal 5, 23).

Jesús manso y humilde de corazón avanza dando gracias al Padre por revelar su identidad y misión a los pequeños. A todos convoca a la conversión ante la inminencia del juicio divino. En ocasiones lo hace con dureza. La mansedumbre, dulzura, ternura, humildad y paciencia del Hijo del hombre, por tanto, no debe confundirse con la ideología de quienes promueven una espiritualidad sin cruz. La llegada del reino de Dios reclama la urgencia de la conversión y la fe. Dios educó a su pueblo a través del camino de desierto. Se trata de formar personas recias, mansas y humildes de corazón.

La conversión y la fe reclaman poner en camino hacia Jesús y acoger su mensaje de paz, cosa que no habían hecho las ciudades impenitentes. También implica cargar con el yugo de Jesús, esto es, con su palabra de vida, verdad y libertad. «Mi yugo es ligero». Su palabra es fuente de dicha presente y futura. Para ello hay que aprender a conducirse en la historia de acuerdo con el corazón manso y humilde del propio Jesús.

La escena del prendimiento de Jesús por la turba, a cuya cabeza iba su discípulo Judas, permite admirar la ternura y fortaleza del corazón manso y humilde del Maestro, de su amor al Padre y los hombres, a fin llevar a cabo su designio de salvación.

Todavía estaba hablando, cuando apareció una turba; iba a la cabeza el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús. Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?». Viendo los que estaban con él lo que iba a pasar, dijeron: «Señor, ¿herimos con la espada?». Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Jesús intervino, diciendo: «Dejadlo, basta». Y, tocándole la oreja, lo curó. Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los oficiales del templo, y a los ancianos que habían venido contra él: «¿Habéis salido con espadas y palos como en busca de un bandido? Estando a diario en el templo con vosotros, no me prendisteis. Pero esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas». (Lc 22, 47-53; Mt 26, 47-56; Mc 14, 43-52; Jn 18, 3-11)

En Jesús la mansedumbre y la invitación a caminar en la verdad van siempre de la mano. Él no fue enviado a juzgar y condenar, sino a salvar. A todos ofrece la posibilidad de actuar de acuerdo con la verdad; pero no la impone como no acepta ser defendido por la espada. Pedro, como nosotros, estaba lejos de comprender. En este horizonte pascual resuena original y novedosa la afirmación de Jesús: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra», esto es, el reino de Dios.

III.- BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

Los discípulos, como acabamos de ver, estamos llamados a aprender de Jesús su humildad y mansedumbre de corazón. Sin ellas no hay verdaderos «pobres en el espíritu» ni, por tanto, verdaderos discípulos. No es lo mismo ser pobre y austero. La mansedumbre y la humildad trazan la senda de los verdaderos anawim. Zacarías, Isabel, María, José, Simeón, Ana... etc. no dejan de cantar la alegría de la salvación de Dios en Jesús.

La mansedumbre y la humildad de Jesús es un verdadero don de Dios para el creyente. Don y tarea, pues el discípulo está llamado a modelar su corazón de acuerdo con el corazón mismo de Cristo. El corazón manso renuncia a la violencia del fuerte y poderoso. Pone toda su confianza y esperanza en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es apacible, pero valiente con la parresía propia de quien está realmente animado por el

Espíritu Santo. La parresía y la mansedumbre es obra del Espíritu de la verdad y santidad en quien se deja modelar por él.

Los «mansos», por tanto, son personas animadas por la fortaleza del Espíritu. Nada que ver con esa clase de personas apáticas, indiferentes, tímidas y estoicas. Los mansos renuncian a la violencia de los grandes y poderosos del mundo; pero viven «otra violencia». A esta violencia se refiere Jesús cuando dice: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os digo que muchos intentarán entrar y no podrán». (Lc 13, 24) Y conociendo el corazón de los que le escuchaban, el Señor argüía: «La Ley y los Profetas llegan hasta Juan; desde entonces se anuncia la buena noticia del reino de Dios y todos se esfuerzan por entrar en él». (Lc 16, 16) Mateo, en un texto que también admite esta interpretación entre otras, habla de hacerse violencia para entrar en el reino:

En verdad os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él. Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan. Los Profetas y la Ley han profetizado hasta que vino Juan; él es Elías, el que tenía que venir, con tal que queráis admitirlo. El que tenga oídos, que oiga. (Mt 11, 11-14)

En cualquier caso, los discípulos del reino de Dios estamos llamados o bien a hacernos violencia, para entrar en él, o bien a sufrir con corazón manso y humilde, como Jesús, la violencia de los que se oponen al reinado de Dios. Insisto la mansedumbre y la parresía son fruto del Espíritu Santo, tienen la misma fuente y no pueden aislarse.

Dado que Pablo es reconocido como paradigma de los llamados ser discípulos y apóstoles, contemplemos cómo vivió *la mansedumbre y mesura* de Cristo. Antes de su conversión, Saulo, llevado por la carne, actuaba como un fanático violento. Luego, una vez que Cristo salió a su encuentro en el camino, aprendió día tras día a vivir, orar, predicar, y actuar de acuerdo con la mansedumbre e intrepidez del que se halla animado por el Espíritu:

Yo, Pablo, en persona, tan cobarde de cerca y tan valiente de lejos, os ruego por la mansedumbre y mesura de Cristo: os pido que me ahorréis tener que mostrarme valiente cuando esté entre vosotros, con la intrepidez con que pienso enfrentarme a esos que opinan que nos comportamos según la carne. Pues, aunque procedemos como quien vive en la carne, no militamos según la carne, ya que las armas de nuestro combate no son carnales; es Dios quien les da la capacidad para derribar torreones; deshacemos sofismas y cualquier baluarte que se alce contra el conocimiento de Dios y reducimos los entendimientos a cautiverio para que se sometan a la obediencia de Cristo. (2Cor 10, 1-5)

En el camino de Damasco, el Viviente le mostró: la violencia no edifica, antes destruye. El designio del Padre se realiza por la senda empinada de la mansedumbre y humildad. Y esto comporta la lucha con uno mismo, la lucha propia de la fe. La conversión del apóstol puede ser expresada en estos términos: el Pablo carnal, fanático y violento, vive y actúa tras ser alcanzado por el Resucitado a la luz del misterio Pascual, compartiendo la mansedumbre, humildad y mesura del Cordero inmolado, para ofrecer a todos la salvación de Dios. Por ello el apóstol escribía en su primera carta a la agitada comunidad de Corinto:

No os escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros. Porque os quiero como a hijos; ahora que estáis en Cristo tendréis mil tutores, pero padres no tenéis muchos; por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús. Así pues, os ruego que seáis imitadores míos. Por ello os he enviado a Timoteo, hijo mío querido y fiel en el Señor, el cual os recordará mis normas de conducta en Cristo Jesús, conforme las enseño por doquier en todas las iglesias. Pensando que yo no iré a visitaros, algunos se han engreído. Mas iré

pronto a visitaros, si Dios quiere; y entonces conoceré no las palabras de los orgullosos, sino su poder; pues el reino de Dios no consiste en palabras sino en poder. ¿Qué queréis? ¿Que vaya a visitaros con un palo o con amor y espíritu de mansedumbre? (1Cor 4, 14-21)

El apóstol, iluminado por la experiencia del Señor resucitado de entre los muertos, no cesará de alentar la misma experiencia en sus colaboradores y comunidades. En este sentido resulta interesante releer algunos pasajes de los escritos paulinos:

Hermanos, incluso en el caso de que alguien sea sorprendido en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidlo con espíritu de mansedumbre; pero vigílate a ti mismo, no sea que también tú seas tentado. Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo. Pues si alguien cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo. Y que cada uno examine su propio comportamiento; el motivo de satisfacción lo tendrá entonces en sí mismo y no en relación con los otros. Pues cada cual carga con su propio fardo. (Gal 6, 1-5)

Así pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta. Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos. La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente. Cantad a Dios, dando gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. (Col 3, 12-17)

Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas. Busca la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna, a la que fuiste llamado y que tú profesaste noblemente delante de muchos testigos. Delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Cristo Jesús, que proclamó tan noble profesión de fe ante Poncio Pilato, te ordeno que guardes el mandamiento sin mancha ni reproche hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, que, en el tiempo apropiado, mostrará el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Señor de los señores, el único que posee la inmortalidad, que habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A él honor y poder eterno. Amén. (1Tim 6, 11-16)

La manifestación de la gracia de Dios en Jesucristo nuestro Salvador y, por tanto, «el nuevo nacimiento», «la renovación del Espíritu Santo», nos está impeliendo a llevar ya «desde ahora una vida sobria, justa y piadosa, aguardando la dicha que esperamos». (Cf. Tit 2, 11-15; 3, 1-7) La fuerza de las bienaventuranzas transfigura el mundo transfigurándonos en nuevas criaturas.

Con unas u otras palabras, todos los escritos apostólicos recuerdan cómo la comunidad de los discípulos del Crucificado está llamada a compartir el camino del Cordero inmolado por nuestra salvación, aprendiendo de él la mansedumbre y humildad de corazón. Basta citar un conocido texto de la primera carta de san Pedro. En ella se estimula a la comunidad de los creyentes a dar explicación con valentía a cuantos pidan razón de la esperanza, que le anima a estar y actuar en el mundo, sin tener miedo de ser un signo de contradicción.

¿Quién os va a tratar mal si vuestro empeño es el bien? Pero si, además, tuvierais que sufrir por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. Ahora bien, no les tengáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien,

queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo. Pues es mejor sufrir haciendo el bien, si así lo quiere Dios, que sufrir haciendo el mal. Porque también Cristo sufrió su pasión, de una vez para siempre, por los pecados, el justo por los injustos, para conducirnos a Dios. Muerto en la carne pero vivificado en el Espíritu; (1P 3, 13-18)

La mansedumbre, fruto del Espíritu, no debe equipararse, vuelvo a insistir, con un temperamento apacible y agradable. Ella está fundada en Cristo y, como vemos en Jesús y en el Apóstol de las gentes, va acompañada de una gran audacia para dar testimonio de la Verdad. Así como el poder de Dios se muestra perfecto en la «debilidad» del apóstol, en la mansedumbre se muestra la fuerza del amor y bondad inaudita de Dios revelada en el corazón manso y humilde de Cristo, que invita a ir a él a cuantos están cansados y agobiados.

IV.- LA MANSEDUMBRE Y LA SECULARIDAD CONSAGRADA

1.- Una existencia de aprendiz.

El mandato de Jesús a los suyos es claro: «Aprended de mí». Mandato que perdura a lo largo de toda la vida. No se trata simplemente de aprender cosas y doctrinas, de tener unas ciertas actitudes, sino entrar en comunión de vida, misión y destino con Alguien.

La mansedumbre, como se desprende del recorrido por la Escritura, forma parte de la constelación del amor, fruto del Espíritu Santo (cf. Gal 5, 23). Jesús nos invita a todos los que andamos y cansados a ir a él, aprendiendo de su corazón manso y humilde, para cargar con su yugo ligero. Un yugo de amor y plenitud. Un yugo, que tanto en el éxito como en el fracaso, lo vivimos en su escuela, dando gracias a Dios Padre, que ha tenido a bien revelarnos a su Hijo y darnos su Espíritu.

Jesús nos dice, por tanto, sois bienaventurados en la medida que mi mansedumbre y humildad de corazón va modelando vuestro corazón. En el silencio de la oración, en el estudio de las Escrituras, en la celebración litúrgica, en el encuentro con las personas, y en la vida fraterna, cultivaremos *el carisma sacerdotal*, si vamos contemplando y sintonizando nuestro corazón con el corazón de Cristo, animado por el insondable amor del Padre por el mundo. El discípulo del Evangelio vive en una actitud permanente de aprendizaje y escucha del Maestro. Entrar en la escuela del corazón de Cristo nos capacita y fortalece para llevar adelante la transfiguración del mundo a través de la propia transfiguración. No estamos ante una simple cuestión psicológica, sino ante el dinamismo de la fe.

2.- Mansedumbre y edificación de la comunidad.

Somos testigos del Evangelio en comunidad. La Iglesia, el pueblo de Dios, es sacramento universal de salvación. No basta el testimonio individual. Y si el testimonio personal no se inserta en el testimonio eclesial, esto es, en la comunión eclesial, pronto aparece el riesgo del sectarismo y aún de la herejía o el cisma. Sin la mansedumbre y humildad del corazón no se edifica la civilización del amor, la verdadera revolución que Cristo introdujo en el mundo, al que fue enviado por el Padre en el Espíritu Santo.

En los escritos paulinos constatamos ya las dificultades de las primeras comunidades, para avanzar de acuerdo con la bienaventuranza de los mansos. Ahora bien, para edificar una auténtica fraternidad, tanto en el pueblo de Dios, como en la sociedad civil, es preciso el

aprendizaje de una real y auténtica corrección fraterna. Ahora bien, para ello es necesario un espíritu de mansedumbre y humildad, una auténtica caridad. He aquí una muestra de lo que se dice en el Nuevo Testamento en orden a corregir con dulzura y verdad.

No seamos vanidosos, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros. Hermanos, incluso en el caso de que alguien sea sorprendido en alguna falta, vosotros, los espirituales, **corregidlo con espíritu de mansedumbre**; pero vigílate a ti mismo, no sea que también tú seas tentado. Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo. Pues si alguien cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo. Y que cada uno examine su propio comportamiento; el motivo de satisfacción lo tendrá entonces en sí mismo y no en relación con los otros. Pues cada cual carga con su propio fardo. (Gal 5, 26-6, 5)

Así, pues, yo, el prisionero en el Señor, os ruego que andéis, como pide la vocación a la que habéis sido convocados, **con toda humildad y mansedumbre**, con longanimidad, sufriendoos los unos a los otros con caridad, mostrándoos solícitos por mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos. (Ef 4, 1-6)

Huye de las pasiones juveniles. Busca la justicia, la fe, el amor, la paz junto con los que invocan al Señor con corazón limpio. Rehúye las cuestiones necias y estúpidas, sabiendo que acaban en peleas; y uno que sirve al Señor (*EL SIERVO DEL SEÑOR*) no debe pelearse, sino ser amable (*MANSUETUM*, manso) con todos, hábil para enseñar, sufrido, **capaz de corregir con dulzura** a quienes sostienen doctrinas contrarias, por si Dios les concede la conversión que lleva al conocimiento de la verdad y vuelven en sí, escapando del lazo del diablo, que los tiene cautivos, para hacer su voluntad. (2Tim 2, 22-26)

Jesús corregía a la comunidad de sus discípulos con corazón manso y humilde, con amor y paciencia. Pablo lo hacía con sus comunidades y las invitaba a hacer lo mismo entre sus miembros. La corrección fraterna es de todo punto necesaria. Es gracia hacerlo con corazón manso y humilde. Pero quiero añadir una pequeña advertencia. La corrección debe hacerse sobre algo esencial, evitando ser puntilloso, atosigar a los demás, caer en el perfeccionismo, dar lecciones, mostrar que sabemos y somos más que los demás... etc. ¡Mansedumbre y bondad son indisociables!¹ En el libro del Eclesiástico encontramos este elogio de la mujer que habla con dulzura, esto es, con mansedumbre. «Si en su lengua hay bondad y dulzura, su marido ya no es como los demás hombres» (Eclo 36, 23; cf. 1P 3, 1-7)

3.- Mansedumbre y defensa de la justicia

Ya he insistido: el «manso» de acuerdo con el corazón de Jesús está en todo momento por la verdad y la justicia. Puesto que la mansedumbre forma parte de la constelación del amor, fruto del Espíritu, ella nos traza la forma de practicar la justicia y combatir la iniquidad. Es

¹ El salmista conoce la inmensa y clemente bondad de Dios (Sal 31, 20), e invita a gustarla: «Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a él». (Sal 34, 9) «¡Qué dulce al paladar tu promesa: más que miel en la boca!» (Sal 119, 103) Dios revela su mansedumbre a lo largo de la historia, alimentando al pueblo pobre y oprimido con el pan que satisface todos los gustos. «Este sustento revelaba a tus hijos tu dulzura (mansedumbre), pues se adaptaba al gusto de quien lo tomaba y se convertía en lo que cada uno quería». (Sab 16, 21)

un punto importante para vivir la secularidad consagrada y formar a los laicos en la «caridad y fortaleza política», tal como enseñó el Concilio Vaticano II².

La persona realmente sabia actúa con mansedumbre y dulzura, frente al que actúa con amargura y rivalidad, al margen de la verdad.

¿Quién de vosotros es sabio y experto? Que muestre sus obras como fruto de la buena conducta, con la delicadeza (mansedumbre) propia de la sabiduría. Pero si en vuestro corazón tenéis envidia amarga y rivalidad, no presumáis, mintiendo contra la verdad. Esa no es la sabiduría que baja de lo alto, sino la terrena, animal y diabólica. Pues donde hay envidia y rivalidad, hay turbulencia y todo tipo de malas acciones. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, intachable, y además es apacible, comprensiva, conciliadora, llena de misericordia y buenos frutos, imparcial y sincera. El fruto de la justicia se siembra en la paz para quienes trabajan por la paz. (Sant 3, 13-18)

El que es sabio, esto es, temeroso y dócil a Dios, como enseña el Antiguo Testamento, cultivará una especial mansedumbre con relación a todas las personas, pero de modo especial con los débiles, vulnerables y desvalidos.

Inclina tu oído hacia el pobre, y respóndele con suaves palabras de paz. Arranca al oprimido de la mano del opresor, y no seas débil cuando hagas justicia. Sé como un padre para los huérfanos y como un marido para su madre. Así serás como un hijo del Altísimo, y él te amará más que tu madre. (Eclo 4, 8-10)

Nuestra lucha por la justicia, por tanto, no puede ser otra que la llevada a cabo en el amor manso y humilde, si queremos vivirla en comunión con el corazón manso y humilde del Señor. Así lo ha afirmado el apóstol Pablo de formas diferentes. Pensemos por ejemplo en las características del verdadero agapé.

El amor (agapé, caritas) es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. (1Cor 13, 4-7)

La mansedumbre y dulzura debe acompañarnos en la persecución. Es la forma de ratificar que el yugo del Señor es suave y ligero, puesto que es el del amor a Dios y en él a los hermanos. Así lo afirma la primera carta del apóstol Pedro:

² Cultiven los ciudadanos con magnanimidad y lealtad el amor a la patria, pero sin estrechez de espíritu, de suerte que miren siempre al mismo tiempo por el bien de toda la familia humana, unida por toda clase de vínculos entre las razas, pueblos y naciones.

Los cristianos todos deben tener conciencia de la vocación particular y propia que tienen en la comunidad política; en virtud de esta vocación están obligados a dar ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común, así demostrarán también con los hechos cómo pueden armonizarse la autoridad y la libertad, la iniciativa personal y la necesaria solidaridad del cuerpo social, las ventajas de la unidad combinada con la provechosa diversidad. El cristiano debe reconocer la legítima pluralidad de opiniones temporales discrepantes y debe respetar a los ciudadanos que, aun agrupados, defienden lealmente su manera de ver. Los partidos políticos deben promover todo lo que a su juicio exige el bien común; nunca, sin embargo, está permitido anteponer intereses propios al bien común.

Hay que prestar gran atención a la educación cívica y política, que hoy día es particularmente necesaria para el pueblo, y, sobre todo para la juventud, a fin de que todos los ciudadanos puedan cumplir su misión en la vida de la comunidad política. Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer este arte tan difícil y tan noble que es la política, prepárense para ella y procuren ejercitarla con olvido del propio interés y de toda ganancia venal. Luchen con integridad moral y con prudencia contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo de un solo hombre o de un solo partido político; conságrense con sinceridad y rectitud, más aún, con caridad y fortaleza política, al servicio de todos. (GS 75)

¿Quién os va a tratar mal si vuestro empeño es el bien? Pero si, además, tuvierais que sufrir por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. Ahora bien, no les tengáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo. (1P 3, 13-16)

Podemos concluir estas reflexiones con las palabras dirigidas por Pablo a su colaborador Timoteo: Tú, *hombre de Dios*, «busca la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna, a la que fuiste llamado y que tú profesaste noblemente delante de muchos testigos». (1Tim 6, 11-12) Y a los filipenses les decía: «Alegraos en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca». (Flp 4, 4-5)